

EL GENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA

*Daniel Prieto Vial
Capitán de Corbeta RN*

Introducción

Quizá si don José Miguel Carrera hubiera tenido éxito en sus proyectos, Chile habría llegado a ser un país aún más grande de lo que fue en el siglo pasado. Si bien es absurdo imaginarse una historia que no fue, ficticia, fruto de la sola especulación, es un interesante ejercicio para comprender la envergadura de ciertos personajes sobresalientes, cuya capacidad y audacia pudieran haber sido suficientes para cambiar el curso de la historia.

Don José Miguel Carrera no sólo era un líder nato, valiente y con un alto sentido del honor, sino que era también simpático, alegre y con una inteligencia fuera de lo común. Tenía grandes condiciones para escribir y una oratoria imponente, con una voz metálica convincente y sincera que predisponía en su favor.

Siguiendo la tradición de su casta, la vieja nobleza guerrera española (que se concentró en esta parte de América para dirigir la larga guerra de Arauco), desde niño decidió don José Miguel seguir el oficio de las armas. Su padre, don Ignacio De la Carrera y Cuevas, había alcanzado el grado de Coronel. También sus hermanos —el mayor y el menor— siguieron su ejemplo. Su madre, y especialmente su hermana mayor, doña Javiera, famosa por su espectacular belleza, aprobaron y fomentaron esta decisión.

En Lima

Don Ignacio De la Carrera creía también necesario dejar un descendiente que adminis-

trara los bienes de la familia. Pensó ver en su hijo José Miguel al joven que, disciplinado, podría realizar idealmente esa tarea. Para ello fue enviado a Lima a prepararse con su autoritario tío, don José María Verdugo. Pero José Miguel no resistió mucho tiempo y no tardó en reemplazarlo por el benevolente y acaudalado don Francisco Javier Ríos. De éste obtiene afecto y recursos, lo que le permite participar intensamente de la vida entre lo más granado de la juventud limeña. Como aprendiz para el comercio no tiene vocación. Vuelve a Chile a administrar sus tierras en Melipilla, donde se encuentra con sus amados caballos y se interesa por la ganadería. Muestra una vez más su carácter expansivo, se hace famoso amansando los potros más bravos y se destaca con el lazo. Tiene amoríos, toca la guitarra y canta en las noches a sus huasos y gentes del campo, que lo adoran. Pero..., de pronto, debe dejarlo todo para partir a España. Su padre conseguirá relacionarlo. No pierde la esperanza de que la inteligencia y simpatía de su hijo puedan ser encausadas en la madre patria a una actividad adecuada a su alcurnia.

España y Napoleón

Parte a España en noviembre de 1806, llegando tres meses después. Se incorpora en Cádiz a las fuerzas auxiliares. Conoce a muchos americanos; entre ellos, al Capitán don José de San Martín, quien acoge, protege y recomienda a los americanos contra la altanería de los peninsulares. A fines de 1807 viaja a

Madrid, donde le sorprende la invasión napoleónica a la península ibérica, pero ello le permite incorporarse finalmente al Ejército del Rey. Lo acompañan, entre otros, el joven y elegante argentino don Carlos María de Alvear, con el cual cultivaría una fuerte amistad, quien tendría más tarde un importante papel como prócer de su país.

Carrera lucha como oficial de caballería en catorce combates y batallas. Su éxito como guerrero es espectacular. Es promovido sucesivamente por méritos y condecorado al valor por su heroísmo y don de mando.

Su primer combate fue el 9 de febrero de 1809, el cual terminó con la ocupación de la ciudad de Mora; el 23 se bate en Consuegra y el 24 de marzo en el combate de Yébenes y en la retirada de Santa Cruz de Mudela, por la posesión de los pasos del río Guadiana, donde se distinguió con su nueva unidad de caballería, los Voluntarios de Madrid.

La coquetería y belleza de las madrileñas atrajo su atención; en particular, la muy linda y encantadora Luisa de Espinar, hija del acaudalado Coronel de Milicias don Fernando Antonio de Espinar. Intimaron durante un mes. Ella había perdido recientemente a su hermano, muerto en un combate. Más tarde, cuando también su padre fue herido en Espinosa y trasladado a Sevilla, ella debió partir en su auxilio. Carrera había pasado horas inolvidables con ella y su encantadora familia. Pensó buscarla por toda España al terminar la guerra. Pero no lo logró...

El Ejército inglés, aliado de España contra Napoleón y mandado por el famoso General Wallesly (después Duque de Wellington), se encuentra con la caballería española mandada por el Coronel don Manuel Freire, Duque de Albuquerque, bajo cuyas órdenes sirve Carrera. Días después, el 26 de marzo, los aliados chocan con las fuerzas francesas al mando del propio Rey don José Bonaparte, en Aleabón, iniciándose al día siguiente la gran batalla de Talavera de la Reina. Esta enorme batalla duró dos días. En ella los franceses casi destrozaron la caballería inglesa. Sin embargo, ésta fue salvada de su total aniquilamiento por el Coronel Freire (que, circunstancialmente, debió tomar el mando de todo el Ejército). Carrera, que ya había sido promovido a Comandante de Escuadrón, lo reemplazó en el mando del regimiento, realizando una destacada labor. En efecto, don José Miguel ganó ahí gran fama desorganizando con un choque brutal a la

caballería francesa del General Strolz. Por ello se le otorgó la medalla de Talavera en consideración a su "valor y serenidad" y "por acción distinguida".

Cuatro días después, sobre el río Tajo, Carrera choca nuevamente con los franceses. Esta vez rodó muerto su caballo y es hecho prisionero. Mientras se desplazaban hacia la retaguardia logró escaparse entre la confusión, al producirse una sorpresiva carga de la caballería española.

Reincorporado más tarde – al encontrar su regimiento – volvió a participar, ya con la experiencia de un veterano, en la retirada de Extremadura y, sobre todo, en los contraataques de Camuñas, Madridejos y Villarruvia. El éxito les permitió finalmente atacar la ciudad de Mora, todo lo cual siguió acrecentando su prestigio.

Por sus méritos fue asignado a los Húsares, la élite del Ejército, donde operó bajo las órdenes del General don Juan de Areizaga. Con ellos le tocó participar en la mayor batalla de ese regimiento, chocando contra las fuerzas del célebre Mariscal Soult en el camino a Santa Cruz de Ocaña. La unidad de don José Miguel Carrera soportó el centro del esfuerzo enemigo; pese a todo, consiguió detenerlos y permitió la salvación de los flancos de sus Húsares de Farnesio y la reubicación del resto de las unidades. Sin embargo, en el proceso, su Escuadrón fue casi destrozado, cayendo dos tercios de sus hombres, entre ellos nueve distinguidos oficiales. Pero su hazaña le valió ser ascendido a Mayor del Ejército del Rey.

Este ascenso fue más tarde confirmado por el Consejo de Regencia. Tenía sólo 25 años. Le fueron asignados los sobrevivientes de otro Escuadrón de los Húsares, que más tarde también fue semianiquilado en sangrientos encuentros. Los había alcanzado a reencontrarse brevemente, cuando debió participar, recién al día siguiente, en la famosa batalla de Ocaña.

El nuevo y flamante Mayor de Húsares de Farnesio atacó esta vez el flanco izquierdo de la línea de Soult, siendo sucesivamente rechazado por una densa masa concentrada de caballería, muy superior en número a su unidad, lo que lo obligó, finalmente, a replegarse – aún combatiendo – con sus escasos sobrevivientes. El enemigo lo acosaba por delante, en los lados y por atrás. Peleaba bravamente, hasta que recibió una profunda herida de sable en una pierna, que lo tumbó, debiendo ser recogido y



GENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA
PRIMER COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO DE CHILE
PRIMER PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE CHILE

trasladado a la retaguardia. Tuvo una fatigosa marcha en las ambulancias militares, donde perdió mucha sangre.

Afortunadamente, don Ramón Errázuriz, un distinguido y bondadoso aristócrata chileno avecindado en Cádiz lo recogió y cuidó por más de siete meses. Finalmente, la pierna empezó a recuperarse.

Mientras convalecía, el Consejo de Regencia le envió los despachos donde le confirmaba formalmente su ascenso a Mayor (que le habían dado apresuradamente en combate, según vimos). Asimismo, los jefes más conocidos lo propusieron para reorganizar el famoso regimiento de los Húsares de Galicia.

Habiendo recién recibido este grado, se comenta que nuevamente fue propuesto —por el más tarde Duque de Wellington— para ser ascendido al grado de Teniente Coronel y para comandar la caballería aliada anglo-española. El jefe inglés, observándolo en Talavera, había admirado sus naturales cualidades de líder y su capacidad táctica para las acciones más audaces.

Pero este último ascenso no llegó a concretarse. Carrera consigue autorización para partir a Sudamérica. Pensaba abocarse, personalmente, a liberar al Reino de Chile. Ello le parece en ese momento lo único lógico.

Por don Ramón Errázuriz supo que se había formado la primera Junta de Gobierno en Santiago, y que su padre, don Ignacio, era uno de sus miembros. En las largas conversaciones sostenidas cuando se reponía, y por la numerosa información que llegaba a Cádiz, había terminado por convencerse de la crisis del Imperio. Desilusionado por la decadencia y división de los españoles, entre los partidarios del nuevo Rey don José Bonaparte y los defensores de Fernando VII, el Rey cautivo, que al parecer nunca estuvo a la altura de las

circunstancias, decidió dejar su brillante porvenir en el Ejército español.

Libertador de Chile

El período de don José Miguel Carrera en Chile es bien conocido, a través de nuestra historia, para repasarlo con demasiada profundidad en todos sus variados aspectos, en este breve relato de sus hazañas. Bástenos recordar, eso sí, que, entre otras cosas, le cupo desplazar a la poderosa familia Larraín, que los utilizó originalmente a él y a sus hermanos para apoderarse del poder.

Consolidado su dominio en el Gobierno, impulsó personalmente la Independencia de Chile en medio de las vacilaciones generales. Liberó a los hijos de esclavos, creó la Escuela Militar (llamada entonces Escuela de Granaderos), organizó el Ejército y la primera fuerza naval de la república. Impulsó decididamente la enseñanza y las letras, incorporando a las mujeres a ella.

Instaló la primera imprenta y el primer periódico. Coordinó las nacientes formas institucionales, patrocinando el primer reglamento constitucional, la bandera y el primer escudo de Chile.

Combatió bravamente a las fuerzas realistas, formadas en su mayoría por chilenos de Concepción, Valdivia y Chiloé, y dirigidos por Oficiales chilenos y peninsulares.

Carrera, pese a ser un joven de sólo 26 años cuando tomó el poder, se sentía con la energía y la experiencia militar (ganada en su lucha contra Napoleón) para dirigir el Ejército patriota. Sin embargo, debe haber causado enorme impresión a los grandes patricios de la época que este joven oficial, tan discolo sólo pocos años atrás, tuviera ahora la audacia de arrogarse el poder supremo del Reino. No obstante, justo es reconocer que nadie mejor que él pudo desempeñar tanta diligencia en organizar y dirigir un Ejército que dio grandes y duras batallas a los soldados del Rey.

Como una interesante curiosidad, vale la pena recordar al más espectacular de los regimientos formados por Carrera, los Húsares de la gran Guardia. Esta unidad, organizada personalmente por él, recibió todas las nuevas tácticas napoleónicas. Los mejores Oficiales del Reino, como el Coronel don José María Benavente (que acompañaría a Carrera en todas sus hazañas posteriores en Chile, Argentina y Uruguay), el segundo Comandante, Teniente Coronel don Diego José Benavente

(que sería después ministro en el Gobierno de Freire), el Capitán don J. Joaquín Prieto Vial (más tarde Presidente de la República), el Teniente don Gregorio Serrano (del poderoso clan de los Serrano de Concepción), el Teniente don José María de la Cruz (más tarde candidato a la presidencia de la República), entre otros futuros próceres, formados todos en la dura escuela de los Húsares del General Carrera. Lucían los imponentes uniformes azul marino, con franjas horizontales doradas en el pecho, y colgando por el hombro la elegante chaquetilla de armiño, propia de los Húsares. Esta unidad, con sus vistosos uniformes, causó una honda impresión emotiva y estética a esa sociedad colonial que era arrastrada, casi sin darse cuenta, a la epopeya de formar una nueva república.

El Ejército de Chile lo dirigió junto a su hermano mayor, el Brigadier don Juan José Carrera, alto, rubio, de fuerzas hercúleas, que más de alguna vez le disputó el mando, aunque fue más leal y capaz de lo que a veces se ha pretendido. Y su hermano menor, el joven Coronel don Luis Carrera, brillante y valiente, que a juicio de los más serios historiadores destacó por su eficacia y sus grandes capacidades tácticas y estratégicas.

Así las cosas, el primer Ejército de Chile independiente era mandado en pleno por la distinguida familia Carrera, la misma que había aportado tantos héroes al Imperio en el pasado, que tantos héroes aportó durante la Independencia y durante todo el siglo XIX (el último Carrera fue el Capitán don Ignacio Carrera Pinto, muerto heroicamente dirigiendo la célebre batalla de la Concepción durante la Guerra del Pacífico).

El combate de Yerbás Buenas, la gran batalla de San Carlos, la ocupación de Concepción, el exitoso asalto a Talcahuano – donde se destacan Prieto y Freire – la captura de los buques españoles surtos en la bahía, en especial la fragata *Thomas*, las armas y tesoros tomados, etc., causaron enorme impresión entre los veteranos jefes españoles que eran en ese momento sus enemigos. La oficialidad joven de su Ejército patriota lo idolatraba. Había improvisado una gran fuerza de la nada. Superó con persistencia la falta de recursos, caballos, armas, uniformes y demás logística que caracterizó esa campaña.

“Todos quedaron admirados por los grandes recursos físicos y morales que desplegó ese guerrero; creció el prestigio a su favor;

los tímidos y desconfiados creyeron invencible a aquel genio privilegiado....", nos relata –refiriéndose a Carrera– el prestigiado historiador español Torrente.

En el Roble, un ataque sorpresivo del Ejército realista cae sobre la tienda de Carrera, produciendo una espantosa matanza que éste eludió sólo por su habilidad y velocidad de reacción; el Coronel que lo atacaba recibió un pistoletazo de Carrera en el rostro, permitiendo al General patriota salvarse con su caballo en el correntoso río Itata, al momento que casi lo rodeaban.

Los capitanes Prieto y Cruz salvaron la batalla bajo el mando de O'Higgins, que se encontraba en otro campamento en las cercanías. Un par de horas después volvía Carrera, semivestido, con el grueso del Ejército, alabando a O'Higgins por ganar el campo.

Hoy sabemos que los desaciertos de las campañas de la Patria Vieja sólo empiezan con las insensatas órdenes dadas por la nueva Junta Provisional de Santiago, quizá la menos capacitada para comprender y opinar sobre las complejidades de las acciones militares.

Mientras el Ejército de Chile fue mandado por Carrera, los realistas debieron colocarse a la defensiva y retroceder. Sin embargo, la Junta Provisional de Gobierno obligó a Carrera a poner sitio a Chillán, en pleno período de lluvias torrenciales, donde se había encerrado el grueso del Ejército del Rey. Don José Miguel resistió la orden por insensata, pero ante la insistencia y la oferta de nuevos pertrechos (que nunca llegaron) se vio obligado a cumplirla, lo que derivó en un desgaste inútil, de varias semanas a la intemperie, que minó la resistencia del Ejército y de su heroico jefe.

Asume O'Higgins

Ante ello, presionaron, con diversas intrigas, para sustituir a Carrera del mando. Es interesante hacer notar que el más arduo defensor del Comandante en Jefe fue el propio don Bernardo O'Higgins. Este conocía bien las capacidades de Carrera y consideraba absurda las órdenes de Santiago. Se propuso al Coronel argentino Balcarce para reemplazarlo, pero don José Miguel prefirió entregar el mando a O'Higgins, al cual consideraba recto y decidido.

Los enemigos de Carrera fueron, en su origen, todos los miembros de la familia Larraín: el Marqués de Montepío (y Mayorazgo De Aguirre) don Martín Larraín y Salas; sus

hermanos, el presbítero don Joaquín Larraín, don Diego, quien firmó el Acta de la Primera Junta de Gobierno, el canónigo don Vicente Larraín, representante autorizado del Cabildo Eclesiástico; y su cuñado, el acaudalado don Enrique Rosales.

A ellos hay que agregar al Coronel don Juan Mackenna, quien le cobraría a Carrera un odio implacable (a la usanza irlandesa), arrastrando en ello más tarde a O'Higgins; a don Antonio José de Irisarri –que fue más sutil y artero– y al Brigadier argentino don Juan Gregorio de Las Heras, el cual más tarde argumentaría para predisponer a San Martín contra Carrera. Todos ellos eran casados con señoras vinculadas a los Larraín y, en consecuencia, pertenecientes al clan que disputaba el Gobierno a la familia Carrera. Este grupo era suficientemente poderoso como para influenciar el ánimo de numerosas personas, produciendo la primera gran división en la naciente familia chilena.

La historia ha podido reconstruir después otra poderosa razón para explicar la división del bando patriota. El secretario privado de O'Higgins, don Manuel Vega, era en realidad un agente clandestino español que "se jactó de haber sembrado a manos llenas la cizaña entre los jefes patriotas". Esta división fue fatal; permitió a los realistas derrotar sucesivamente al valiente pero inexperto O'Higgins, que, según vimos, lo reemplazó en el mando.

Se perdió todo lo ganado hasta entonces. Se tuvo que transar con el Tratado de Lircay, donde O'Higgins se vio obligado a reconocer nuevamente la monarquía española.

Carrera, que antes de todo esto se quedó algún tiempo en Concepción, había debido aun desbaratar un intento de asesinarlo, perpetrado por vecinos realistas. Al tratar de pasar al norte fue perseguido y apresado por los realistas, debido a una traición. Escapó sólo meses después y trató de pasar a Argentina –desilusionado por la ingratitud– pero al verse perseguido por el propio Gobierno complotó contra él. Recuperó el poder tras un hábil y audaz golpe que le permitió retomar las riendas de la guerra contra los realistas, hecho este que, por sí mismo, habla de la increíble capacidad de Carrera.

Entre todos estos azares, casa en la Catedral de Santiago con la bella y aristocrática doña Mercedes Fontecilla, quien sufriría después la tragedia del ostracismo de los Carrera fuera de Chile.

Entre tanto, don José Miguel perdonó a O'Higgins, aun considerando que este no quiso someterse a su autoridad y lo había desafiado en combate en la batalla de Tres Acequias (donde O'Higgins fue totalmente derrotado). Con todo, lo instó a unírsele, pero la división ya había calado hondo en el espíritu de ambos. Hubo desacuerdo respecto a la estrategia para defender Santiago. O'Higgins se encerró en Rancagua, desobedeciendo órdenes expresas de replegarse hasta Angostura, para dar ahí la batalla decisiva. Esto creó las condiciones para la derrota final.

Las huestes patrióticas que emigraron a Mendoza, encabezadas por una minoría de connotados anticarrerinos, predispusieron al Gobernador de Cuyo, el Coronel don José de San Martín, en contra del Jefe del Ejército de Chile. El General Carrera fue el último en partir, no sin antes intentarlo todo por resistir.

El exilio

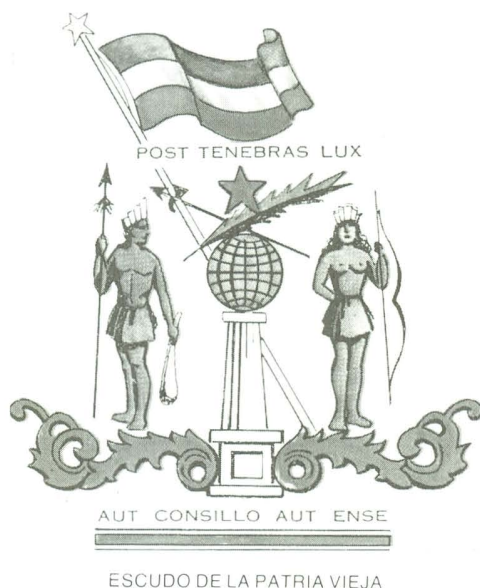
La Logia Lautarina, organización secreta argentino-chilena para coordinar la independencia, intrigó, desde Mendoza y Buenos Aires, en contra de Carrera, hasta separarlo del poder. El General Mackenna, quien había tenido una importante participación en la campaña de desprestigio contra el jefe chileno, fue por ello retado a un duelo de honor por el Coronel don Luis Carrera. El duelo terminó con un tiro en el cuello de Mackenna, quien murió, agravando aún más las diferencias entre ambos bandos.

Sin embargo, por momentos pareció volver a brillar la suerte de don José Miguel en Buenos Aires. De pronto tomó el poder el General don Carlos María de Alvear, su viejo compañero de armas en España durante las guerras napoleónicas. El plan para recuperar Chile con un Ejército nuevamente bajo el mando de Carrera estaba siendo considerado. Pero Alvear fue a su vez derribado, impidiéndose así la restitución del jefe natural en el Gobierno chileno en el exilio.

Hacia Estados Unidos

Comprendiéndose que el pequeño grupo que manejaba la Logia lograba imponerse, y que le cerraban todas las puertas, el General Carrera decidió embarcarse a Estados Unidos, empeñando para ello los últimos bienes que le quedaban.

Pretendía abocarse personalmente a la formación de una flota que le permitiera en-



ESCUDO DE LA PATRIA VIEJA

frentar el poder naval español en el Pacífico. Carrera, desde niño tuvo conciencia marítima, la cual se confirmó en sus largas navegaciones a Perú y a España. En esos viajes pasaba horas estudiando navegación, interesándose por todo lo de a bordo y conversando con los Oficiales sobre el mar. Ahora nuevamente navegaba a Norteamérica, bordeando la inmensa costa brasileña, el Caribe, el Atlántico norte, hasta llegar a Annapolis, capital del Estado de Maryland. De ahí se trasladó luego a Baltimore.

Lo que logró en la gran Unión del Norte habla por sí mismo de la personalidad, inteligencia y habilidad de Carrera. Tras muchos fracasos iniciales convenció finalmente a autoridades y financistas, de la causa sudamericana. Escribió desde Estados Unidos a Simón Bolívar, entonces exiliado en Jamaica. Le propuso un vasto plan de coordinación militar sudamericano para la defensa conjunta, proyecto que de haber prosperado habría dado pie a algo así como los Estados Unidos de Sudamérica. Más tarde Bolívar hizo suyas estas ideas.

Las grandes entrevistas

Se entrevistó con el Presidente James Madison, pasó a ver al Secretario de Estado – el más tarde célebre James Monroe – quien por desgracia ese día no estaba, pero logró ver más tarde al Vicepresidente. También se hizo

amigo de uno de los grandes mariscales de Napoleón, el General Grouchy, que estaba decidido a acompañarlo a Chile con sus dos hijos, e intimó con el propio ex Rey don José Bonaparte, hermano de Napoleón, que le fue presentado por el General Gravier. Bonaparte estaba exiliado bajo el nombre de Conde de Souvillier, después de perder su trono de España.

Se cuenta que en la conversación en que participaron el Rey don José Bonaparte, el Mariscal Grouchy, el General Gravier y nuestro prócer, identificaron a Carrera como ese joven oficial del Ejército español que desbarató la carga francesa en la célebre batalla de Talavera y salvó de la aniquilación a la caballería inglesa, con una audaz acción que desordenó gravemente las filas napoleónicas. Por lo demás, la misma acción que, según vimos antes, llamó la atención del Duque de Wellington. José Bonaparte, que había observado la batalla desde una colina, se acordaba de esta hazaña que le había causado mucha impresión. Resultaba increíble saber que ese distinguido oficial llegara a ser después un gran prócer sudamericano, y que, exiliado en Nueva York, igual que él, terminaran por conocerse en tan curiosas circunstancias.

También Carrera conoció a otros personajes europeos, como el General Brayer y a Clausel, quienes más tarde lo acompañaron a Sudamérica, y nada menos que el General don Francisco Javier de Mina, célebre por sus hazañas contra Napoleón, que debió abandonar España cuando el Rey Fernando VII abolió la Constitución de 1812.

Una flota para Sudamérica

Los once meses que alcanzó a estar don José Miguel Carrera en Estados Unidos, acompañado de su fiel ordenanza José Conde y de los chilenos Mariano Benavente y Servano Jordán, le permitieron contratar cinco buques de guerra (la fragata *Clifton*, los bergantines *Salvaje* y *Regent*, la escuna *Davei* y la fragata *General Scott*), además de fusiles, cañones, municiones, equipos varios para fabricar munición y reparar armas, una imprenta, un grupo de Oficiales y Suboficiales veteranos de las guerras napoleónicas —especialmente irlandeses y franceses— e incluso algunos profesores de matemáticas que pensaba utilizar en Chile para impulsar un nuevo tipo de enseñanza, más técnico-científica, para hacer de nues-

tro país un centro de desarrollo importante. A la flota, entonces sin igual, pensaba utilizarla en la liberación no sólo de Chile, sino también de toda Sudamérica, como consta en sus cartas a Bolívar. En este sentido debe destacarse que Carrera se perfilaba ya como un líder continental. Una de sus preocupaciones era dónde colocaría la capital de los Estados Confederados de Sudamérica.

Zarpó rumbo a Buenos Aires en la fragata *Clifton*, enarbolando al tope la bandera chilena (de la Patria Vieja) y ostentando el grado de Contralmirante. En realidad, puede considerarse el primer Almirante chileno —que según lo logrado bien se merecía— mandando la verdadera primera Escuadra que tuvo nuestro país. Todo ello resulta paradójico considerando que aun hoy ningún buque de guerra lleve su nombre (antes, durante su Gobierno en Chile, también había equipado al bergantín *Potrillo* y la corbeta *Aguila*, los primeros buques de nuestra Armada).

Finalmente, llega la flota de Carrera a Buenos Aires el 5 de febrero de 1817. Su recala da sorprendió al Director Supremo de las Provincias Unidas del Plata, General don Juan Martín de Pueyrredón, al saber que el caudillo chileno colocaba una fuerza naval de esta magnitud “a su disposición”, como le ofrecía Carrera. Pero en ese momento supo de la batalla de Chacabuco y se le ordenó al jefe chileno aguardar. Se temía que Carrera interfiriera en los planes de San Martín en Chile.

Nuestro prócer estuvo considerando la posibilidad de seguir a Chile aun sin la autorización porteña, pero el francés Deuxiön Lavayesse lo traicionó, informando de esto a las autoridades de Buenos Aires. Carrera fue detenido. Entretanto, San Martín regresó a Chile y le visitó en su celda. No llegaron a ningún acuerdo. Pero Pueyrredón, sin duda impresionado por la hazaña de Carrera, propuso que se le nombrara representante del Cono-Sur en los Estados Unidos. Al parecer, don José Miguel lo consideró sinceramente para allanar el camino, pero la situación se endureció con la total oposición de O'Higgins.

Entre tanto, el General Carrera, que había sido trasladado preso a bordo, logró escaparse en una audaz operación nocturna, cruzando hasta el otro extremo del gran río de La Plata, llegando a Montevideo, Uruguay, al día siguiente.

Ahí consiguió contactarse con el Barón de la Laguna, el General Lecor, jefe de las fuerzas

brasileñas de ocupación. Se hicieron muy amigos. Carrera instaló una imprenta e inició una prolífica labor periodística, usando un lenguaje elevado y sereno.

Es interesante hacer notar que la flota de Carrera sirvió de base para las primeras Escuadras de Argentina y Chile. Dos buques pasaron a Chile transportando el valioso cargamento de armas modernas que le habían quitado al General Carrera. La gran batalla de Maipo se ganó con este nuevo armamento y logística, lo que en definitiva permitió la independencia de Chile. Los buques pasaron luego a engrosar la Expedición Libertadora del Perú.

Inspira el federalismo argentino

En vísperas del desastre de Cancha Rayada, don José Miguel Carrera supo de la captura y fusilamiento de sus dos queridos hermanos, el Brigadier don Juan José y el Coronel don Luis (por sospechas de conspiración), y del asesinato del Coronel de Milicias don Manuel Rodríguez, y, como consecuencia de todo lo anterior, de la muerte de su propio padre. Incluso, supo que O'Higgins había cobrado a don Ignacio el costo del proceso y fusilamiento de sus propios hijos, por todo lo cual don José Miguel ya no se pudo contener. Fue en este momento cuando decide derrocar a la Logia Lautarina y a los gobernantes de Chile y Argentina. Ello lo llevó a respaldar, inspirar y coordinar la revolución federal de las provincias, en contra del centralismo porteño. Poco después supo también del fusilamiento en Buenos Aires de sus amigos franceses Ronent y Lagresse, lo que acabó por exasperarlo. Esta vez cambió el tono de sus escritos, ahora abiertamente subversivos, con la aparición de su nuevo diario, *El Hurón*.

Es interesante destacar que en el año 1818 recibió una misión diplomática de Estados Unidos, presidida por Mr. Teodor Bland, con una carta oficial del Gobierno de ese país, escrita por Mr. David Porter, Ministro del Presidente Madison, donde le señalaba, entre otras cosas, que lamentaba el fracaso de la flota libertadora, y agregaba: "Tengo noticias de todas las intrigas que han urdido contra Ud. y de las falsedades y calumnias que se han hecho circular en este país (EE.UU.) sobre su carácter. Pero éste permanece ileso. Donde se encuentra uno para calumniar a Ud. hay mil para defenderlo de las viles sugerencias de sus enemigos. Estas discusiones lo han hecho



MONUMENTO A CARRERA EN SANTIAGO

ser mejor conocido en el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, y mientras más se sabe de Ud., más apreciado es su carácter". "Ud. —continúa la carta— es considerado en este país como el campeón de las libertades de Sudamérica, sobre cuyos principios debe ponerse una entera confianza, y el único que puede conducir la revolución a un desenlace feliz..." y continuaba: "Yo espero, por mi parte, y tales son los deseos de nuestro gabinete, ver a Chile independiente y con un gobierno elegido por el pueblo, y mi más ardiente anhelo se refiere a que esa elección recaiga sobre Ud.". Como se ve, Estados Unidos reconocía en Carrera a un líder no sólo chileno, sino también continental.

Entre tanto, sus publicaciones desde Montevideo en su Imprenta Federal tuvieron gran difusión y alarmaron a la Logia en Argentina y Chile. El Gobernador de Montevideo, don Francisco Ramírez de Entreríos, provincia que en esa época era casi un país independiente, acogió sus "mil proyectos periodísticos y políticos" como asesor de su Gobierno. Esto le permitió trasladar su imprenta hasta Gualeguaychú, donde rebautizó su periódico con el sugestivo nombre de *Gaceta Federal*. Su campaña de prensa en contra de Buenos Aires comenzó a dar resultados. En enero de 1820 se sublevó el regimiento Cazadores de los Andes, y después, "todo el ejército de línea que debía viajar al Perú", acaudillado por el célebre Coronel Bustos en Arequito (Córdoba). Carrera no se hizo esperar y rápidamente se trasladó a Arequito a la cabeza de un regimiento de López, para parlamentar con Bustos. Consiguio que permanecieran neutrales en la

próxima campaña que sus "federales" pensaban realizar sobre Buenos Aires, en compañía de Ramírez y López. En realidad, las campañas federales de Carrera en Argentina son tan espectaculares como desconocidas.

El Ejército, dirigido por el Supremo Entrerriano (como llamaban entonces al General don Francisco Ramírez), Estanislao López y el General chileno don José Miguel Carrera, avanza al este hasta entrar en contacto y enfrentar el Ejército Unitario dirigido por el destacado General Rondeau, quien es derrotado en la gran batalla de Cepeda. De este hecho de armas surge el célebre Tratado del Pilar, considerado por muchos historiadores argentinos como el verdadero "pilar" de la Argentina moderna. Don José Miguel interviene personalmente en las modernas formas federales y republicanas en la redacción del Tratado, colaborando con sus amigos Ramírez y López, con sus dotes de escritor y su experiencia política. Carrera propone y logra asimismo nombrar Gobernador de las Provincias Unidas del Plata a su amigo don Juan Manuel de Sarraatea. Esto significó a su vez marginar definitivamente al gran Artigas, que en su oportunidad desconfió (o no valoró) de Carrera, por lo que éste decidió usar su influencia para dejarlo fuera del nuevo esquema de poder por él formado en Argentina.

Rehace un Ejército chileno

Don José Miguel pasó a ser el asesor más influyente del nuevo Gobierno argentino, pero no quiso inmiscuirse en la política interna. Sólo se interesó en formar un nuevo Ejército de chilenos, aprovechando para ello los muchos compatriotas que aún deambulaban por la ciudad y las pampas.

Se rehizo el regimiento de Húsares de la Gran Guardia, con una versión algo simplificada de sus otrora elegantes uniformes azul marino y franjas horizontales en el pecho, doradas para los Oficiales y blancas para los Suboficiales, el cual estaba formado por unos 300 hombres seleccionados. Los encabezaba su antiguo comandante y gran amigo de Carrera, el Coronel don José María Benavente (junto a otros distinguidos Oficiales chilenos muy leales al prócer), quienes contribuyeron a incorporar otros 400 chilenos (y algunos argentinos), subiendo la fuerza a 700 hombres, todos bien montados, sin infantería, por lo que se formó así una fuerza altamente móvil.

Sin embargo, todo se complicó cuando

Carrera se vio obligado a ayudar a su viejo amigo de España, el distinguido General don Carlos María de Alvear, utilizando para ello la fuerza bajo su mando. Esto lo alejó de Sarraatea, que no vio el gesto con buenos ojos. Ante ello, Carrera prefirió... abandonar Buenos Aires con su Ejército, dirigiéndose a Santa Fe.

Al llegar a esa provincia (o país como a veces se le consideraba en esa época), se instaló en Grondona, donde se dedicó a entrenar sus tropas y a contactarse con los otros "países" de la cuenca del Plata, para coordinar sus futuras acciones: San Juan, Córdoba, Corrientes, Santa Fe y, desde luego, Entreríos. Se aprestaba a juntar 1.900 hombres, cruzar a Chile y encabezar una fuerza conjunta del Cono Sur para liberar Lima. "Para nadie era un misterio que él comandaría la expedición que consolidaría la independencia de su patria y llegaría al Perú", nos relata un conocido historiador chileno. Incluso, pensaba coordinar su acción con las fuerzas de Bolívar, las cuales deberían operar hacia Lima desde la Gran Colombia (como de hecho ocurrió), de acuerdo a lo que habían considerado en la correspondencia que Carrera tuvo con Bolívar, cuando éste estaba exiliado en Jamaica.

Pero el apoyo de Bustos y, por ende, de Córdoba no lo obtendría. La Logia, San Martín y O'Higgins esta vez se le habían adelantado, firmando un tratado de alianza en contra del caudillo chileno. Con ello se enfrentaban las provincias vecinas de Chile (apoyadas por la Logia) contra las provincias del litoral, que respaldaban a Carrera.

Don José Miguel ganó todos los combates, incluyendo en ellos algunos incidentes menores. La Logia no pudo atraerse a las fuerzas de San Juan. Ahí gobernaba ahora el Coronel Del Corro, recientemente designado Comandante de todas las tropas que se enviaron al Alto Perú, y quien era gran amigo de Carrera.

Entretanto, el caudillo chileno, sin sospechar las intrigas de Mendoza en contra de su persona, se aprestó para retomar Buenos Aires con el caudillo Estanislao López, Gobernador de Santa Fe, y su amigo de España el General don Carlos María de Alvear.

Carrera coordinó todas las operaciones militares, obteniendo finalmente una gran victoria en la batalla de la Cañada de la Cruz, donde derrotó al General don Estanislao Soler y su Ejército porteño. Volvía el jefe chileno, en compañía de López, a ser un factor decisivo en

la política argentina. Consiguió colocar como Gobernador de Buenos Aires a su amigo Alvear, después que él mismo debió rechazar el puesto. Al igual que San Martín, no quiso ser Director Supremo de Chile, "por estar pendiente la expedición al Perú, yo no puedo aceptarlo por estar pendiente mi viaje a Chile", habría dicho. Pero más tarde, Alvear, que en esa época contaba con muchos enemigos entre los porteños, fue tenazmente resistido por una fuerza encabezada por el célebre General Dorrego. Las tropas conjuntas de López y Carrera esta vez no quisieron intervenir. Se había vuelto a Cañada de la Cruz, perdiéndose así los frutos de la victoria.

En julio de 1820 el Ejército chileno fijó un gran campamento en San Nicolás. Mientras tanto don José Miguel negociaba la paz. Quería concentrar su esfuerzo en volver a Chile, pero el infatigable Dorrego, aprovechándose de un descuido de Alvear (que se demoró en alertar al chileno) cayó una noche sobre su campamento y destruyó las huestes chilenas mientras éstas dormían. Pese a la heroica defensa de Benavente (Carrera no estaba en ese preciso momento) todo se perdió. Las tropas de Dorrego saquearon, violaron y asesinaron en la ciudad misma, de acuerdo a una trágica costumbre de estas guerras de las pampas. Pese a todo, justo es reconocer que Dorrego en persona salvó a doña Mercedes Fontecilla, esposa de Carrera, dándole un salvoconducto para que volviera a reunirse con su marido. El caudillo chileno sólo había podido ser derrotado con sorpresas nocturnas como estas, pero no en campo abierto.

Al perder su Ejército había vuelto la desgracia sobre sus hombros, pero como fiera acorralada se levantó de la nada y convenció a López que atacara a Dorrego, pero López fue derrotado. Sin embargo, con gran tenacidad Carrera volvió a rehacer sus fuerzas y dio una nueva gran batalla en Gamonal, donde derrotó completamente a Dorrego. Pese al nuevo éxito militar los argentinos empezaron a considerar que la manzana de la discordia era Carrera. López firmó por ello el Tratado de Santa Fe y Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1820, donde se concluyó una cláusula secreta "para entregar al caudillo chileno". Don José Miguel, comprendiendo su estorbo para la paz, emigró pacíficamente hacia el sur.

Pichirey de los indios

Lo acompañaban unos 200 hombres, con

los cuales se internó más de mil kilómetros hasta La Bajada, frente a la Araucanía. Se juntó finalmente con gran cantidad de fuerzas indígenas de casi todos los pueblos nativos y sus principales jefes: huilliches, araucanos, ranqueles y demás indios pampas, quienes lo proclamaron Pichirey (pequeño Rey). Los indios, que dominaban sin contrapeso todo el sur del continente sudamericano, habían oído de las hazañas sin par del chileno. Lo recibieron como una leyenda viva. Poco después todas las tribus unidas le dieron el mando supremo, llegando el General Carrera a disponer de unas 80 mil lanzas, sin duda la fuerza individual más grande de las Américas, considerando, a modo de comparación, que el Ejército de los Andes sólo tenía 4 mil plazas.

Frente a ello, se extendió el esfuerzo de San Martín y coordinaron las provincias para atajar la enorme fuerza que estaba acaudillando en el sur.

Mientras todo esto ocurría, López protegía a doña Mercedes Fontecilla, las hijas de Carrera y un hombrequito que vino al mundo entonces en Rosario.

Entretanto, don José Miguel no tardó en espantarse con el proceder de los indios. Querían que los dirigiera en la toma de Buenos Aires, lo que el chileno rechazó, no pudiendo contenerlos para la captura de El Salto, donde saquearon el pueblo y cometieron mil actos de vandalismo, ante la impotencia de Carrera. Este se dedicó sólo a rescatar de manos de los indios cuantas mujeres blancas pudo (entre la que habían también varias damas principales).

Desilusionado, decidió abandonar a sus nuevos aliados aun cuando sin ellos él mismo corría grave riesgo de no sobrevivir. Entretanto, en Buenos Aires cundió la indignación, culpando de todo a Carrera.

El nuevo Gobernador envió dos grandes expediciones para capturar a los chilenos, pero sin éxito. En realidad, Carrera pudo haber usado su nueva gran fuerza para atacar cualquier provincia del país, pero no estaba dispuesto a aceptar tanto descontrol y prefirió emigrar nuevamente al norte con sus escasos 200 hombres. Lo acompañaban, como siempre, el sobresaliente Coronel Benavente, el Coronel Alvarez, el Mayor Urrea y tantos otros de sus viejos y fieles partidarios. En su larga travesía combatió con el bravo Cacique Nicolás de la Quintana, que lo atacó en su calidad de aliado de Buenos Aires, pero Carrera se dio

el lujo de derrotarlo completamente. Las distancias que recorrían estas expediciones eran tan enormes que se ha sostenido que Carrera superó en más del doble las recorridas en todas las campañas que Napoleón emprendió en su vida.

Cansancio y victorias

A mediados de 1821, abrumados por el calor y la sequía, sus agotadas huestes se acercaban a Córdoba. Habían viajado siempre en dirección noreste, utilizando para ello sólo un mapa y una pequeña brújula, en medio de la inmensidad de la pampa. A fines del mes dieron la alerta los cordobeses. Las provincias se organizaron para enfrentarlos, chocando finalmente en Chapán los doscientos hombres de Carrera contra 600 de Bustos. Luchan denodadamente, obteniendo una vez más Carrera una victoria completa pese a su enorme inferioridad numérica. Posteriormente, siguió a San Luis y tuvo otro choque armado, esta vez contra el Coronel Videla encabezando otros seiscientos hombres. También aquí derrotó completamente a los argentinos en la sangrienta batalla de Las Pulgas (donde murió heroicamente el Coronel argentino por salvar a su bella amiga Delfina, que lo seguía en todas las campañas vestida de Húsar).

Finalmente, captura San Luis pero entra esta vez con estrictas órdenes para sus hombres de respetar vidas, mujeres y bienes. Esto le granjeó la simpatía de los santafecinos, lo que llevó a decir a muchos historiadores argentinos que Carrera no tuvo instintos crueles —como se dijo en alguna oportunidad— sino que a veces se vio obligado a tolerar desmanes, por desgracia, muy normales en esa época.

A todo esto, O'Higgins, alarmado por los continuos éxitos militares de Carrera, mandó desde Chile 300 aguerridos hombres para reforzar la defensa de Mendoza. Pero en ese momento el Supremo Entrerriano Ramírez logró ubicar a Carrera con un emisario, solicitándole una vez su concurso y el de su tropa para defender su "país" (Entrerrios).

Don José Miguel respondió dirigiéndose hacia el noreste, pasando cerca de Córdoba. Pensó incluso tomarla, pero supo de las derrotas recientes de Ramírez en las cercanías y de la gran concentración de tropas de todas las provincias en su búsqueda. Pese a todo, las fuerzas de Carrera se juntaron finalmente con las de Ramírez, preparándose ambas para en-

frentar a las tropas aliadas de las otras provincias, esta vez bajo el mando de Bustos. Pero no logran sacarlas de sus fortificaciones en Cruz Alta, incurriendo en serios errores tácticos que molestaron a Carrera. Esto los separa, reintentando Carrera atravesar los Andes hacia Chile, y volviendo Ramírez hacia el este, donde fue finalmente derrotado y muerto por las fuerzas del Coronel Bedoya.

Habían pasado tres años en las guerras federales de la pampa, que él mismo colaboró a iniciar.

Ahora estaba solo y cercado por tropas enemigas, pese a que prácticamente nunca perdió un combate. Se vio obligado a batir primero a las tropas mendocinas, cuyo mando había pasado del Coronel Domínguez al General Morón, el cual era considerado un héroe en su época. La batalla de Río Cuarto fue sangrienta. Una vez más Carrera resultó completamente vencedor. El gran Morón cayó entre los primeros, cargando a la cabeza de su caballería. Después de esto Carrera se tomó nuevamente San Luis, volviendo a proceder con la misma corrección de la vez anterior.

Epílogo

Pero Godoy Cruz, el nuevo Gobernador de Mendoza, no se desanimó. Recibió nuevos refuerzos de Chile: dinero, fusiles y sables. Rehizo su ejército y colocó a su cabeza al Coronel de Milicias don José Albino Gutiérrez, hombre de fortuna que equipó una gran fuerza de 800 hombres bien montados. Intentó juntarse con las tropas de San Juan del Coronel Pérez de Urdinea. Carrera, entretanto, salió con sus hombres a capturar nuevos caballos hacia Guanacache, donde los había en gran cantidad.

En eso lo atacó Gutiérrez, en punta de Médano. El choque fue tremendo, pero con un resultado final confuso debido a la superioridad del enemigo y al hecho desgraciado que la caballería de Benavente cayó en una sanja perdiendo su carga, lo que fue rápidamente aprovechado por el enemigo. Le quedaron sólo unos 100 hombres, vencedores y sobrevivientes, pero fatigados. De este contingente salió en la noche un grupo que lo traicionó; al parecer, algunos que le guardaban cierto rencor porque el General los había retado por su mal trato a la población civil. Capturaron a Carrera y a los coroneles Benavente y Alvarez, siendo más tarde entregados a Gutiérrez, quien los llevó a Mendoza.

Un prisionero de Carrera, el distinguido Capitán argentino don Manuel de Pueyrredón, cuenta en sus memorias el penoso trayecto hacia Jocolí, "donde Carrera", escribe, "...marchaba tan sereno como lo hacía a la cabeza de sus columnas, parecía todavía el General en Jefe. Yo esperaba oírle hablar algo de los que lo habían preso, pero ni una queja, ni una palabra pronunció contra los traidores..., hasta las palabras de agradecimiento me las dirigió con su sonrisa habitual".

El juicio fue sumario. Según los testigos resultó inolvidable ver a Carrera cubierto aún de polvo su traje de campaña, hacer una brillante defensa de su causa.

"Quien no vio ni oyó al General Carrera en aquel momento de su vida no puede decir que lo ha conocido"... nos dice el presbítero Guiraldes en sus memorias, y agrega: "...se creó durante aquella conferencia simpatías que lo defendieron hasta el último momento". Por su parte, el abogado don Pedro Nolasco Videla, asistente al acto, afirma que la impresión que causó el discurso de Carrera fue tan grande que muchos pidieron al Gobernador que llevara la causa con más formalidad, como un verdadero Consejo de Guerra. Godoy Cruz aceptó, pero Carrera se negó a designar un defensor.

También el Coronel Olazábal, que en la

batalla había conducido el ala derecha de las tropas mendocinas, fue a visitar a los prisioneros en la cárcel, e impresionado por la caballerosidad y valentía de Carrera hizo gestiones para liberarlos, lo que logró sólo con Benavente, uno de cuyos hermanos vivía en ese momento en Mendoza. Albino Gutiérrez, después de escuchar el discurso, también se interesó por salvar a Carrera. Prácticamente lo había logrado cuando Godoy Cruz, después de releer una vieja proclama de Carrera, dio contraorden y la sentencia se ejecutó al día siguiente.

Carrera caminó hacia el patíbulo, mientras todos los mendocinos se agolpaban en el camino a su paso. Vestía el elegante uniforme de Húsar de Galicia, a cuya espalda caía una fina manta blanca, todo lo cual traía en su equipaje. Caminaba penosamente, arrastrando los pesados grillos, pero sereno, con la cabeza en alto, descubierta, y el quepis en la mano. Saludó caballerosamente a algunas damas que lloraban a su paso.

Quiso dar la orden de disparar, pero le fue denegado. Se le permitió, en cambio, morir de frente y de pie, sin la vista vendada. Llevándose la mano al corazón exclamó serenamente: "Muerdo por la libertad de América", después de lo cual perdió la vida al instante, en la primera descarga.

